

CCC
XV
1036

CONEICC 1976-1996: HISTORIA DEL FUTURO

Raúl Fuentes Navarro
Marzo 14 de 1996

El CONEICC fue fundado, se ha desarrollado y refrenda su proyección como una asociación civil constituida por universitarios. Por ello su vocación y su misión primarias han sido configurar un espacio abierto a la pluralidad y al diálogo, y su divisa el respeto a las diferencias y la construcción de consensos, nunca de uniformidades. No podría ser de otra manera, tratándose de un Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación. No deberían entenderse de otro modo los muchos puntos de contacto, de amistad y de confluencia que hoy nos unen, sino como manifestaciones de esa voluntad colectiva por llenar de sentido el espacio interinstitucional e interpersonal que es el Consejo.

La Cuadragésima Asamblea, reunida en Veracruz en octubre del año pasado, encargó a una comisión proponer las bases para celebrar, durante este 1996, el vigésimo aniversario del CONEICC. En cumplimiento de ese encargo, organizamos este panel con quienes en esas dos décadas hemos tenido la responsabilidad de presidir el Consejo. Pero no quisimos instalarnos sólo en los recuerdos, sino en una dimensión histórica más rica: la que incluye a los tiempos presentes y futuros en relación con los pasados, la que incorpora integralmente a los sujetos en el centro de los procesos que nos identifican y nos mantienen trabajando juntos. Por eso elegimos como título para este panel, "historia del futuro".

Partimos de que cuando comenzaron a reunirse los responsables de las escuelas de comunicación en México para explorar si podrían hacer juntos algo que favoreciera a todos, el "universo" de los estudios universitarios en el campo abarcaba apenas a dos decenas de instituciones. En todas, aun en las pioneras entre estas pioneras, la carrera era todavía una novedad y una aventura: se hablaba de la "carrera del futuro" y el tema era el futuro de la carrera. El CONEICC nació, a mediados de 1976, en ese contexto, que ahora nos puede parecer tan distante como ajeno. Por ello, veinte años después, pasados los días futuros entonces imaginados y delineados, se impone una reflexión sobre los orígenes y sobre los trayectos, sobre las continuidades y los cambios, sobre los avances y los retos aún vigentes: sobre la identidad y la crisis de esa "carrera del futuro" que es hoy, ya, una de las diez más pobladas en el país y, además, la de mayor tasa de crecimiento entre esas diez.

Mi propuesta a este panel y a esta Asamblea es hacer un esfuerzo colectivo para recuperar críticamente el pasado, pero no sólo para asimilarlo y añorarlo en la identidad presente del CONEICC, sino sobre todo para re-conocerlo e imaginar desde él nuevamente el futuro. ¿Cómo podrán ser el CONEICC y la carrera de comunicación en 2016, dentro de veinte años? Ofrezco algunos elementos que quizá puedan servir para formular más adecuadamente esta reflexión, provenientes de mi trabajo sobre nuestro campo.

A lo largo de los años me he formulado como hipótesis que el estudio académico de la comunicación en México y América Latina tiene tres orígenes: tres "proyectos fundacionales", que hoy se encuentran mezclados, en diversas proporciones y con distintos estilos, en las escuelas, que hace buen tiempo que son más de cien en el país. El primero, y el más reconocible todavía, es el que desde los años cincuenta busca la formación de periodistas, de difusores sociales de la información e influenciadores de la "opinión pública". El segundo, quizá el que ha animado con mayor fuerza la historia del CONEICC, es el que desde los años sesenta pretende formar intelectuales en el sentido humanístico, "hombres cultos", transformadores de la significación social. El tercero, tan utópico como los otros dos, es el que desde los años setenta se orienta a la formación de científicos sociales, develadores de las determinaciones de la comunicación social e impulsores de su cambio mediante estrategias de "democratización". Entonces, ¿Ciencias de la Comunicación es una carrera técnica superior (como la administración), humanística (como la filosofía) o científico-social (como la sociología)? Obviamente comparte mucho de todo eso y otras cosas más, pero, como sucede con muchas otras carreras, cada vez queda menos clara su identidad.

Es un hecho que la carrera de comunicación está articulada con muchas profesiones, cada vez más distantes entre sí: por las escuelas de comunicación han pasado periodistas, publicistas, productores audiovisuales, administradores y estrategas de medios, escritores, comunicadores organizacionales, astrólogos, publicirrelacionistas, artistas, investigadores, diseñadores, promotores populares, funcionarios, profesores, creativos, charlatanes, amas de casa, empresarios, etcétera. Con apoyo en datos empíricos más o menos exhaustivos, la diversificación profesional es obvia y, casi en todos sentidos, un rasgo muy positivo. Pero, ¿podemos, hoy, seguir hablando en singular de "la carrera de comunicación"? ¿Lo podremos seguir haciendo dentro de veinte años? ¿Será tiempo de resumir lo que significa la forma plural "Ciencias de la comunicación"? ¿Qué podrá incluirse bajo el término "ciencias" (o "ciencias y técnicas", si se quiere)? ¿Cuál es el común denominador de todas las figuras profesionales que hoy, si acaso, se presentan como "especialidades" en las escuelas? ¿En qué punto la diversidad se convierte en fragmentación?

El CONEICC ha sido, sin duda, desde hace veinte años, un espacio de diálogo y colaboración ejemplar, pero ¿podrá seguir conteniendo y articulando la creciente diversidad de "referentes" que hoy constituyen el campo? Yo creo que sí, que podrá seguir siendo un espacio de universitarios y que es cada vez más necesario que lo sea, precisamente por esa diversidad. Pero ¿cómo deberá reorganizarse, reconstituirse, reformular "su misión" para los próximos diez o veinte años? ¿Cuáles son los futuros que podemos imaginar, y comenzar a construir, hoy, para el CONEICC y para las carreras de comunicación? En todas partes hay ideas, y en todas partes hay trabajo que poner en común. Cada uno de los participantes en este panel tiene una perspectiva privilegiada sobre la historia del Consejo, y su disposición a compartirla y proyectarla al futuro los reúne a todos aquí.

Como ex-presidente del Consejo, me toca curiosamente ocupar por ahora una posición intermedia en este conjunto de respetadísimos académicos de la comunicación y muy queridos amigos: Jesús María Cortina, Guillermo Michel, Angel Sáiz y Cristina Romo fueron responsables de presidir el CONEICC antes que yo, y Beatriz Solís, Luis Núñez, Jorge Calles y Carlos Luna, después. Por supuesto, esa posición intermedia no me pone en el centro de nada, aunque sí me anima a presentar una breve versión de la historia del Consejo que cada uno podrá desmentir, corregir y completar. Como miembro a título personal desde hace muchos años, me represento sólo a mí mismo; aunque como coordinador de documentación creo que es mi función también sintetizar las interpretaciones de nuestra historia.

Un proyecto de investigación largo y complejo concluido recientemente sobre la constitución del campo académico de la comunicación en México, me llevó a revisar la historia del CONEICC, lo cual a su vez me hizo releer actas y documentos, realizar entrevistas y elaborar cuadros estadísticos y cronográficos. En el conjunto del trabajo, todos estos datos tuvieron que ser interpretados y relacionados con los nueve procesos de estructuración del campo que postulé para considerar factores desde macroestructurales hasta subjetivos, y las distintas maneras en que se han ido conjugando a lo largo del tiempo.

En este trabajo dividí la historia del CONEICC en tres etapas: a la primera, que va de 1976 a 1982, la caractericé como "de conformación"; a la segunda, entre 1982 y 1988, "de expansión y consolidación"; y a la tercera, de 1988 a la fecha, "de desconcentración e impersonalización". Cada una de estas etapas, como se ve, incluye el periodo de tres comités coordinadores, y aunque se distinguen énfasis y situaciones, se detectan también constantes, que trato de resumir aquí.

La etapa "de conformación" comenzó de hecho antes de la fundación. En 1975, había ya 20 escuelas de comunicación en el país, doce de las cuales no existían cinco años antes. Esta primera "explosión" y la perspectiva de su inmediata continuación, preocuparon a varios de los directores de las escuelas pioneras, y la iniciativa de reunirlos surgió de Angel Sáiz. Con motivo del III Seminario de Comunicación organizado por la Universidad Anáhuac en marzo de aquel año, se realizó una primera reunión, en que se presentaron los planes de estudio de varias escuelas y se discutió la posibilidad de formar una asociación nacional. En los trece meses siguientes, los directores se reunieron otras cuatro veces y concretaron los primeros intercambios de información sobre los proyectos académicos de cada institución, los supuestos de base y los problemas de operación que enfrentaba cada una. Con esto se fue creando, al mismo tiempo, un "clima" de confianza mutua y de cordialidad entre los participantes, factor que los fundadores han enfatizado siempre como fundamental.

Así, desde entonces, se acordó que "la tendencia a la votación debemos eliminarla en lo posible y operar más a niveles de consenso". Ante el aislamiento de las instituciones, los estereotipos que las separaban mutuamente, la presencia muy fuerte de pugnas por establecer la primacía de algunas versiones sobre cómo debía ser la carrera y de tensiones personales e institucionales muy intensas, los fundadores impulsaron, pragmáticamente, una "filosofía del acercamiento" que quedó plasmada en el carácter de Consejo y no de asociación, y en los objetivos que, con ligeras modificaciones, siguen vigentes.

El 28 de abril de 1976 firmaron el acta constitutiva del CONEICC representantes de 14 instituciones: el Colegio de Posgraduados de Chapingo, la Universidad Anáhuac, la Universidad Autónoma de Nuevo León, la UAM Xochimilco, la Universidad de Monterrey, la Universidad del Bajío, la Universidad del Tepeyac, la Universidad Iberoamericana, la Universidad Veracruzana, el ISAO (hoy Univa), el ISCYTAC, el ITESO, la Escuela de Periodismo Carlos Septién García y la Universidad Latinoamericana. A esas instituciones y sus representantes es a quienes se considera "fundadores".

Para presidir el primer comité coordinador, la Asamblea eligió como Secretario Ejecutivo a Jesús María Cortina. Con esta misma denominación, en 1978 la responsabilidad recayó en Guillermo Michel, y ya con el apelativo de "presidente", Angel Sáiz fue elegido en 1980, cada uno acompañado por un comité coordinador de ocho plazas. En los tres estuvo presente Josep Rota y en dos Luis Núñez, Cristina Romo, Guillermo Michel, Rubén Jara, Angel Sáiz y Horacio Guajardo. Entre pocas instituciones y personas, era de esperarse una alta concentración tanto en las elecciones como en el trabajo, y también

por ello, una muy fuerte personalización del proyecto. Cada uno de los fundadores, y quienes nos fuimos incorporando al Consejo en esos primeros años, recordará cómo se expresaban las pugnas entre escuelas y entre personas, y cómo finalmente se iban resolviendo en términos de una identidad común y una voluntad compartida de hacer que el CONEICC tuviera futuro. Los pleitos fueron muchos y fuertes; pero las diferencias se fueron poco a poco acomodando en torno a un mismo "espíritu" de trabajo, muy propio del modelo "humanista" en comunicación.

Cuando Guillermo Michel entregó a Angel Sáiz la estafeta, en el tormentoso 1980, dijo entre otras cosas que "el CONEICC no será más grande de lo que nosotros mismos seamos, pues su grandeza dependerá en gran medida de la suma de esfuerzos individuales orientados hacia la consecución de metas comunes". Con esta frase puede ilustrarse el carácter fuertemente personalizado del impulso generador del CONEICC como organismo de coordinación académica interinstitucional. La aparente paradoja que esto implica, queda sin embargo despejada al analizar cómo, paulatinamente, la conformación del Consejo se complejizó e institucionalizó, durante su segunda etapa histórica, caracterizada por el crecimiento, entre 1982 y 1988, cuando Cristina Romo, Raúl Fuentes y Beatriz Solís ocupamos sucesivamente la presidencia.

Al comenzar esta etapa de expansión y consolidación, el CONEICC estaba constituido por 20 instituciones y seis miembros a título personal. Seis años después, eran ya 37 los miembros institucionales y cuatro los activos a título personal. Aunque hubo un mayor número de instituciones privadas que de públicas entre los nuevos miembros, las más representativas de éstas últimas, entre las que no estaban ya, se incorporaron. El Comité Coordinador tuvo que crecer: en 1984 se eligió por primera vez un vicepresidente, que fue Horacio Guajardo, y en 1986 de dos vocales se pasó a cuatro. Pero el rasgo más importante de la consolidación del Consejo es el inicio, en esta segunda etapa, de la celebración de encuentros nacionales, de publicaciones propias y de los premios nacionales de tesis, tres actividades fundamentales del CONEICC que ahora pueden parecer rutinarias, pero que exigieron que el aprendizaje colectivo madurara para poderse sostener.

La "carrera del futuro" se convirtió en la moda universitaria de los ochenta. Y los estudiantes se contaron ya, como si nada, por decenas de miles en el país. Más y más instituciones educativas, de todo tipo y carácter, se aprestaron a atender, por todas partes, la demanda de estudios de comunicación. Y el campo, ahora sí, creció explosivamente. En el CONEICC comenzamos a contar las escuelas como X número, "más las que se acu-

mulen esta semana". El futuro de "la carrera del futuro", más allá de las bromas, se comenzó a ver con más preocupación que optimismo. Y la preocupación tenía bases muy serias: por un lado, el país estaba en "crisis" y a ella le dedicamos nuestro cuarto encuentro, en 1986. Por otro lado, como lo vimos en el quinto encuentro, dos años después, las profesiones del comunicador presentaban un panorama crecientemente confuso. Pero creo que el motivo principal de preocupación por el futuro de la carrera era y sigue siendo el insuficiente número de buenos profesores para sostener la calidad de la formación de tantos estudiantes en tantas escuelas.

Los académicos no se forman en serie, ni rápidamente. Quienes nos incorporamos al campo como profesores de planta en los setenta, muchos sin alguna experiencia que no fuera la universitaria y muchos sin siquiera título de licenciatura, aprovechamos la gran expansión del mercado académico nacional en esos años y tuvimos que aprender a ser docentes sobre la marcha. Comparadas con las actuales, las condiciones eran buenas para trabajar, y como había cada vez más quehacer, hubo poca dedicación a consolidar nuestra profesionalización académica. Algunos, con quince o veinte años de experiencia académica, apenas ahora nos sometemos al muy productivo suplicio de cursar un doctorado. Pero aunque nunca sea tarde, somos realmente muy pocos los que lo hemos podido hacer. No creo que nadie hubiera imaginado en los setenta que en los noventa buena parte de los autores de la bibliografía mexicana que está a disposición de los estudiantes de comunicación, hayan vuelto a ser, al mismo tiempo, estudiantes.

En pocas palabras, en los años ochenta el campo de la comunicación se complejizó enormemente y los retos para el CONEICC se multiplicaron. Sin embargo, creo, como lo dije en mi informe final como presidente, hace diez años, que el CONEICC fue capaz desde entonces de demostrarse a sí mismo, "que un espacio de diálogo y trabajo en común puede ser muy provechoso para instituciones públicas y privadas, grandes y pequeñas, antiguas y recientes, de la capital y del resto del país" y cómo esa consolidación del funcionamiento interno facilitó la proyección externa del Consejo, primero hacia los miembros no representantes de las propias instituciones, y después hacia otras instancias nacionales y latinoamericanas.

Pero la concentración en algunas instituciones y personas, que había caracterizado al CONEICC en su primera etapa, continuó en la segunda. Cristina Romo, Beatriz Solís y yo participamos en los tres comités coordinadores de esta época, y Angel Sáiz, Luis Núñez, Carlos Luna, Javier Esteinou y Pablo Casares en dos. El grupo sobre el que se había recargado la coordinación del trabajo creció, pero no en la misma proporción que

el propio Consejo. Por este crecimiento el CONEICC pudo pasar, a partir de 1988, a una nueva etapa de desarrollo, que yo caracterizo como de "desconcentración e impersonalización" de la organización toda, es decir, a su institucionalización definitiva.

En estos últimos ocho años, el Consejo ha incorporado a muchos nuevos actores individuales e institucionales, ha multiplicado sus líneas de trabajo, ha desarrollado nuevas lógicas y atendido intereses que antes se manifestaban más débilmente. Durante estos años, en que el periodo para el que se eligen comités coordinadores pasó a ser de tres años en vez de dos, el Consejo se ha enfrentado a la construcción de un nuevo consenso básico, pues han cambiado tanto los referentes internos como los externos. En cuanto a lo primero, baste reconocer que el promedio de participantes en las primeras cinco asambleas del CONEICC fue de 21, y en las cinco más recientes de 62. Es obvia la mayor dificultad para establecer y mantener un "clima de amistad" personalizante ahora que hace quince años. Pero habría que considerar que, según el Estatuto y el número actual de miembros, podrían llegar a participar en una Asamblea ordinaria del CONEICC 184 personas. En cuanto a los cambios externos, llevaría mucho tiempo analizar aquí las radicales transformaciones sufridas tanto por los sistemas y prácticas sociales de comunicación como por las universidades mexicanas entre la "crisis" de 1982 y la actual.

Los comités coordinadores presididos por Luis Núñez, Jorge Calles y Carlos Luna incluyeron ya trece puestos de elección, entre ellos las cinco vocalías regionales con que el CONEICC ha avanzado el aspecto institucional de su desconcentración. En cuanto a las personas, son Nohora Espinosa y Edelmira García quienes han participado en estos tres comités coordinadores, que han incluido representantes de 21 distintas instituciones y sólo a mí como miembro a título personal.

Cuando caracterizo a esta etapa como de "impersonalización", no quiero decir por supuesto que los aportes de las personas hayan dejado de ser determinantes, sino que la concentración en unos cuantos individuos e instituciones, tan valiosa como ha sido, ha sido disuelta en una expresión no sólo mucho más plural y representativa del campo, sino que también ha distribuido la carga de trabajo y de responsabilidad que implica la coordinación de las actividades del CONEICC entre más sujetos. Y eso, a mi juicio, no sólo es muy sano, sino que es una característica distintiva de aquello en lo que se ha convertido el CONEICC: en la principal institución mediadora de la dinámica de constitución del campo académico de la comunicación en México, de la cual es tanto producto como agente impulsor, y "escenario" privilegiado de las relaciones interinstitucionales y cada vez más de las interpersonales.

Coincido plenamente con Carlos Luna en que "lejos de ser un obstáculo, la complejidad y la diversidad constituyen nuestro valor más importante" y en que "como organismo intermedio, el CONEICC no tiene otro sentido que el de apoyar el desarrollo y cualificación de sus miembros en sus tareas académicas y, a través de ello y de sus gestiones de representación, contribuir al establecimiento de la comunicación, en su sentido pleno, como esquema y modelo de la interacción humana y social". La imagen de un futuro burocratizado y, ahora sí, despersonalizado para el CONEICC y para la carrera de comunicación me parece aterradora, pero no por eso menos probable. El sentido utópico que fundó nuestro campo, en sus tres vertientes originales, no hay duda de que sigue vivo y actuante, pero si no se renueva y actualiza va a acabar por ser una mera terquedad minoritaria. Por eso quisiera pensar en el futuro por el que hay que trabajar y hacer que algunos de los miles de jóvenes habitantes del campo compartan como proyecto. Por eso quisiera imaginar el CONEICC de dentro de veinte años, en su doble papel de institución mediadora y espacio de impulso a la calidad académica y humana de la comunicación social.

Creo que en el centro de la imagen que me puedo representar ahora sigue estando el mismo ingrediente de apertura a la confluencia que ha cultivado el CONEICC durante veinte años. Sin ese centro, lo que me imagine podrá ser otra cosa, pero no el CONEICC. Y más allá, quiero pensar en tres dimensiones distintas, pero articuladas alrededor de ese centro: una es una dimensión profesional de la comunicación que esté cada vez menos definida por puestos de trabajo o sectores especializados y cada vez más por un modo específico de resolver necesidades concretas; otra es una dimensión educativa de la formación universitaria de comunicadores que esté cada vez menos obsesionada por los "contenidos" y cada vez más orientada al desarrollo de la capacidad de aprender creativa y responsablemente; la tercera es una dimensión académica de la comunicación que esté cada vez menos ocupada en describir y discutir instituciones particulares y cada vez más calificada para elaborar explicaciones teóricas y modelos metodológicos lógicamente consistentes y éticamente pertinentes.

Como un relativamente viejo miembro del CONEICC, confío de verdad en que las asambleas de este año sean ocasiones aprovechadas al máximo para llenar el espacio del Consejo de prácticas de reflexión y de asimilación de la historia (pasado/presente/futuro) de aquellos muchos factores que nos han mantenido juntos, conscientes de la diversidad y más allá de las diferencias. Por ello, creo que también hay mucho que celebrar.